

## Pedagogía de la ternura

(sobre *Los pájaros* de Sandro Barrella)

La ternura es una de las primeras relaciones que tenemos con el mundo. Vínculo inaugural de la condición humana, episteme de la protección que adquiere su sombra en el desamparo. De la cuestión exclusivamente doméstica o familiar, encerrada en el ámbito privado, Barrella hace su extensión al espacio cívico, político. No se trata entonces de considerar lo tierno en su versión materna; sino en albergar la ternura en el varón comprendiendo su lugar en el mundo público, ése de la polis, ése fuera de los cuartos.

Para asumir esas imágenes, Sandro B. anida sus palabras en un medio falsamente natural, quiero decir, en una naturaleza creada por él, una naturaleza que enseña sus ternuras. Un desarrollo del deseo y del placer que no sean trampa, una cierta dulzura que sea componente de un vuelo. La pedagogía de la ternura como construcción del sujeto pájaro, búsqueda y satisfacción de relaciones asimétricas. Como resignificación simbólica, la poesía de Barrella cuestiona los sentidos comunes instalados, roles y dependencias naturalizados. Así los pájaros.

La liturgia de las cosas persiste en la pregunta dentro de las relaciones de poder entre el pájaro y las palabras, entre la lectura de un vuelo y el aliento. Nuevas formas del gesto, de la expresión, para rescatar al poema de su servidumbre a psicologías. El animal, con su relación atroz y mágica con la realidad, con el peligro, propone liquidar la labor diaria de las palabras perturbando tiernamente, despacio.

Entonces, el catálogo del ornitólogo se muestra en su lucidez, en su sumisión a la necesidad, momento en que la ternura trastoca la escena y deja verse cruel. Crueldad no como culto al horror, sino como forma de hacer saltar el collar de hierro. Se trata, como decía Artaud, de un atletismo afectivo. Porque la emoción humana tiene su respiración propia, y la poesía de Sandro lo sabe.

No es que el poeta con su destino órfico humanice a los pájaros, es que él, una especie de Proteo, deviene animal. O mejor no, es el hombre que pinta los animales, es Audobon, nacido en Haití. Audobon, quien ataba hilos a las patas del *Sayornis phoebe* y determinaba que volvieran a los mismos lugares de anidamiento año tras año. Quien navegó por el río Misisipi o por

el Río de la Plata con su arma, sus pinturas y un asistente, con la intención de encontrar y pintar todas las aves de América.

Sandro es Audobon, quien para dibujar, o pintar, o escribir sobre las aves, tiene que disparar primero; un disparo fino para evitar hacerlas pedazos. Luego usa alambres para mantenerlas derechas y conseguir así una postura natural. Uno de sus biógrafos revela, *Cuanto más rara era el ave, con mayor impaciencia la perseguía Audubon, sin preocuparse aparentemente porque su muerte acercase un poco más a la especie a su extinción*

Incansable, el poema actúa. “Un pájaro no es una metáfora” dice Barrella. Lo dice en Santos Lugares, en el Báltico, en Chipre o en Hungría, hace del lector un poeta. Entonces es Anne Carson la que lee a Sandro Barrella, lee escribiéndole: son tus colores los que se sumergen en mi retina, te lee:....

*Aquí, el poema de Anne Carson: Audobon. Hombres en sus horas libres. Editorial Pre- textos*

Tomado del natural la bolsa de nylon transparente con pequeños orificios de ventilación. En el vaivén de la mano se puede ver el interior dos chorlitos en posición de beso. Como detrás de un parabrisas empañado. Así el poema de Sandro Barrella, un vaivén, pequeños orificios y una manera al besar. Entonces otra vez, hablo de la ternura. Detrás, suena la música de Piazzolla. Es la ternura:

Quereme así, piantao, piantao, piantao...Trepate a esta ternura de locos que hay en mí, ponete esta peluca de alondras, ¡y volá! ¡Volá conmigo ya! ¡Vení, volá, vení! Abrite los amores que vamos a intentar la mágica locura total de revivir...¡Vení, volá, vení!

Como en la balada, salimos a volar. Tomamos al pie de la letra el poema de Barrella: la literatura no siempre da pájaros, pero ya es tarde, caemos, caemos. Ahí, necesitados de mayor ternura, volvemos a leer el libro otra vez.

Ana Arzoumanian

